



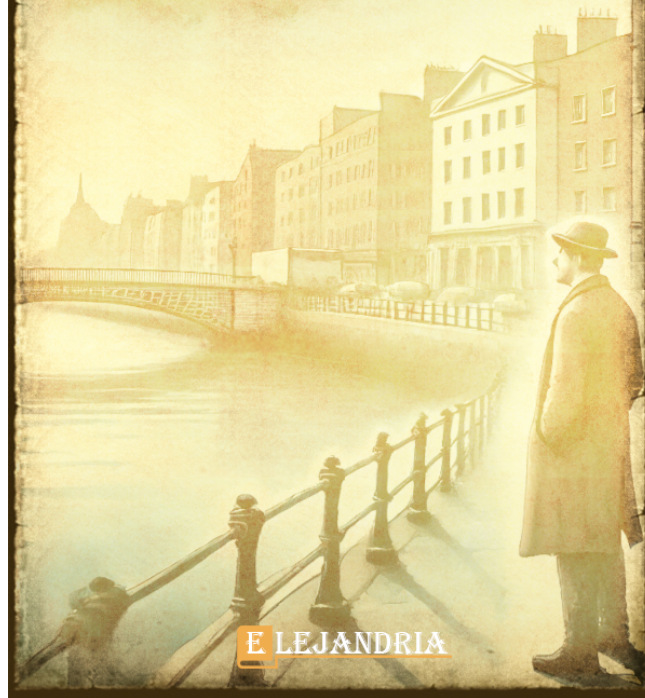
James Joyce

Una Nubecilla



E LEJANDRIA

James Joyce
Una Nubecilla



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UNA NUBECILLA

JAMES JOYCE

PUBLICADO: 1914

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: B. W. HUEBSCH, NEW YORK, 1917

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

UNA NUBECILLA

Ocho años antes había despedido a su amigo en el North Wall y le había deseado buena suerte. Gallaher había progresado. Se notaba de inmediato por su aire viajado, su traje de tweed bien cortado y su acento audaz. Pocos chicos tenían talentos como el suyo y aún menos podían permanecer sin estropearse con tal éxito. Gallaher tenía el corazón en el lugar correcto y merecía ganar. Era algo tener un amigo así.

Los pensamientos de Little Chandler desde la hora del almuerzo habían estado centrados en su encuentro con Gallaher, en la invitación de Gallaher y en la gran ciudad de Londres donde vivía Gallaher. Le llamaban Little Chandler porque, aunque era un poco más bajo que la estatura media, daba la impresión de ser un hombre pequeño. Sus manos eran blancas y pequeñas, su figura era frágil, su voz era tranquila y sus modales refinados. Cuidaba mucho de su cabello sedoso y claro y su bigote, y usaba perfume discretamente en su pañuelo. Las medias lunas de sus uñas eran perfectas y, cuando sonreía, se podía ver una fila de dientes blancos infantiles.

Mientras estaba sentado en su escritorio en King's Inns, pensaba en los cambios que esos ocho años habían traído. El amigo que había conocido con una apariencia desaliñada y necesitada se había convertido en una figura brillante en la prensa londinense. A menudo se alejaba de su escritura tediosa para mirar por la ventana de la oficina. El resplandor de una puesta de sol tardía de otoño cubría los parterres y senderos. Lanzaba una lluvia de polvo dorado amable sobre las enfermeras desordenadas y los viejos decrepitos que

dormitaban en los bancos; parpadeaba sobre todas las figuras en movimiento, sobre los niños que corrían gritando por los senderos de grava y sobre todos los que pasaban por los jardines. Observaba la escena y pensaba en la vida; y (como siempre sucedía cuando pensaba en la vida) se ponía triste. Una suave melancolía se apoderaba de él. Sentía lo inútil que era luchar contra la fortuna, siendo esta la carga de sabiduría que las edades le habían legado.

Recordaba los libros de poesía en sus estantes en casa. Los había comprado en sus días de soltero y muchas noches, mientras se sentaba en la pequeña habitación junto al vestíbulo, se había sentido tentado a tomar uno de la estantería y leer algo a su esposa. Pero la timidez siempre lo había frenado; y así los libros habían permanecido en sus estantes. A veces repetía líneas para sí mismo y esto lo consolaba.

Cuando llegó su hora, se levantó y se despidió de su escritorio y de sus compañeros de trabajo con puntualidad. Salió de debajo del arco feudal de King's Inns, una figura pulcra y modesta, y caminó rápidamente por Henrietta Street. El dorado atardecer se estaba desvaneciendo y el aire se había vuelto frío. Una horda de niños sucios poblaba la calle. Estaban de pie o corrían por la calzada o se arrastraban por los escalones frente a las puertas abiertas o se agazapaban como ratones en los umbrales. Little Chandler no les prestó atención. Se abrió paso con destreza a través de toda esa vida minúscula y semejante a la de los roedores y bajo la sombra de las mansiones espectrales y desgañitadas en las que la antigua nobleza de Dublín había festejado. Ningún recuerdo del pasado lo tocó, pues su mente estaba llena de una alegría presente.

Nunca había estado en Corless's, pero conocía el valor del nombre. Sabía que la gente iba allí después del teatro a comer ostras y beber licores; y había oído que los camareros allí hablaban francés y alemán. Caminando rápidamente por la noche, había visto coches detenidos frente a la puerta y damas ricamente vestidas, escoltadas por caballeros, bajar y entrar rápidamente. Llevaban vestidos ruidosos y muchas capas. Sus rostros estaban empolvados

y levantaban sus vestidos, cuando tocaban tierra, como Atalantas alarmadas. Siempre había pasado sin volver la cabeza para mirar. Tenía por costumbre caminar rápidamente por la calle incluso de día y, siempre que se encontraba en la ciudad tarde por la noche, se apresuraba en su camino con aprensión y excitación. Sin embargo, a veces cortejaba las causas de su miedo. Elegía las calles más oscuras y estrechas y, mientras caminaba con valentía, el silencio que se extendía a su alrededor lo inquietaba, las figuras silenciosas y errantes lo inquietaban; y a veces un sonido de risas bajas y fugitivas lo hacía temblar como una hoja.

Giró a la derecha hacia Capel Street. ¡Ignatius Gallaher en la prensa de Londres! ¿Quién lo hubiera pensado posible ocho años antes? Aun así, ahora que repasaba el pasado, Little Chandler podía recordar muchos signos de futura grandeza en su amigo. La gente solía decir que Ignatius Gallaher era salvaje. Por supuesto, se mezclaba con un grupo de tipos libertinos en ese momento, bebía mucho y pedía dinero prestado a todos lados. Al final se había metido en algún asunto turbio, alguna transacción de dinero: al menos, esa era una versión de su fuga. Pero nadie negaba su talento. Siempre había algo en Ignatius Gallaher que te impresionaba a pesar de ti mismo. Incluso cuando estaba en las últimas y al borde de perder la razón por dinero, mantenía una actitud audaz. Little Chandler recordaba (y el recuerdo le provocaba un leve rubor de orgullo en la mejilla) una de las frases de Ignatius Gallaher cuando estaba en apuros:

—Medio tiempo ahora, chicos —solía decir con ligereza—. ¿Dónde está mi gorro de pensar?

Ese era Ignatius Gallaher en su totalidad; y, maldita sea, no podías evitar admirarlo por eso.

Little Chandler aceleró el paso. Por primera vez en su vida se sintió superior a la gente que pasaba. Por primera vez su alma se rebeló contra la aburrida inelegancia de Capel Street. No había duda: si querías tener éxito, tenías que irte. No podías hacer nada en Dublín. Al cruzar Grattan Bridge, miró hacia el río hacia los

muelles inferiores y se compadeció de las casas pobres y raquíticas. Le parecían una banda de vagabundos, acurrucados a lo largo de las orillas del río, sus viejos abrigos cubiertos de polvo y hollín, aturcidos por el panorama del atardecer y esperando el primer frío de la noche para ordenarles que se levantaran, se sacudieran y se fueran. Se preguntó si podría escribir un poema para expresar su idea. Quizás Gallaher podría lograr que se publicara en algún periódico de Londres. ¿Podría escribir algo original? No estaba seguro de qué idea quería expresar, pero la idea de que un momento poético lo había tocado cobró vida dentro de él como una esperanza infantil. Avanzó valientemente.

Cada paso lo acercaba más a Londres, lo alejaba más de su propia vida sobria y sin arte. Una luz comenzó a temblar en el horizonte de su mente. No era tan viejo: treinta y dos. Su temperamento podría decirse que estaba en el punto de madurez. Había tantos estados de ánimo e impresiones diferentes que deseaba expresar en verso. Los sentía dentro de sí. Trató de pesar su alma para ver si era el alma de un poeta. La melancolía era la nota dominante de su temperamento, pensaba, pero era una melancolía templada por recurrencias de fe y resignación y simple alegría. Si pudiera dar expresión a ello en un libro de poemas, tal vez los hombres escucharían. Nunca sería popular: eso lo veía. No podría influir en la multitud, pero podría atraer a un pequeño círculo de mentes afines. Los críticos ingleses, tal vez, lo reconocerían como uno de la escuela celta debido al tono melancólico de sus poemas; además, incluiría alusiones. Comenzó a inventar oraciones y frases de la reseña que recibiría su libro. "El señor Chandler tiene el don de un verso fácil y elegante." . . . "Una triste melancolía impregna estos poemas." . . . "La nota celta." Era una pena que su nombre no pareciera más irlandés. Quizás sería mejor insertar el nombre de su madre antes del apellido: Thomas Malone Chandler, o mejor aún: T. Malone Chandler. Hablaría con Gallaher al respecto.

Prosiguió su ensueño con tanto fervor que pasó de largo su calle y tuvo que retroceder. Al acercarse a Corless's, su agitación anterior

comenzó a dominarlo y se detuvo ante la puerta indeciso. Finalmente, abrió la puerta y entró.

La luz y el ruido del bar lo retuvieron en la entrada por unos momentos. Miró a su alrededor, pero su vista estaba confusa por el brillo de muchas copas de vino rojas y verdes. El bar le parecía lleno de gente y sentía que la gente lo observaba con curiosidad. Miró rápidamente a derecha e izquierda (frunciendo ligeramente el ceño para hacer parecer que su cometido era serio), pero cuando su vista se aclaró un poco vio que nadie se había vuelto para mirarlo: y allí, sin duda, estaba Ignatius Gallaher apoyado con la espalda contra el mostrador y los pies bien separados.

—¡Hola, Tommy, viejo héroe, aquí estás! ¿Qué te apetece? ¿Qué vas a tomar? Yo estoy tomando whisky: mejor que el que conseguimos al otro lado del agua. ¿Soda? ¿Lithia? ¿Sin mineral? Yo igual. Arruina el sabor. . . . Oye, camarero, tráenos dos medias de whisky de malta, como buen hombre. . . . Bueno, ¿y cómo has estado desde la última vez que te vi? ¡Dios mío, qué viejos nos estamos haciendo! ¿Ves alguna señal de envejecimiento en mí, eh, qué? Un poco de canas y menos pelo en la cima, ¿qué?

Ignatius Gallaher se quitó el sombrero y mostró una cabeza grande y bien recortada. Su rostro era pesado, pálido y bien afeitado. Sus ojos, de un color pizarra azulado, aliviaban su palidez enfermiza y brillaban claramente sobre la vívida corbata naranja que llevaba. Entre estos rasgos rivales, los labios aparecían muy largos, informes y sin color. Incluyó la cabeza y sintió con dos dedos simpáticos el cabello fino en la coronilla. Little Chandler negó con la cabeza como negación. Ignatius Gallaher se puso el sombrero de nuevo.

—Te desgasta —dijo—, la vida de prensa. Siempre con prisas, buscando información y a veces no encontrándola: y luego, siempre tener algo nuevo en tu material. Malditas pruebas y tipógrafos, digo, por unos días. Estoy malditamente contento, te lo aseguro, de volver al viejo país. Le hace bien a uno, unas vacaciones. Me siento una

tonelada mejor desde que aterricé de nuevo en el querido sucio Dublín. . . . Aquí tienes, Tommy. ¿Agua? Dime cuándo.

Little Chandler permitió que su whisky se diluyera mucho.

—No sabes lo que es bueno para ti, muchacho —dijo Ignatius Gallaher—. Yo lo bebo puro.

—Bebo muy poco por lo general —dijo Little Chandler modestamente—. Un medio de vez en cuando cuando me encuentro con alguno del viejo grupo: eso es todo.

—Bueno —dijo Ignatius Gallaher, alegremente—, aquí estamos nosotros y los viejos tiempos y las viejas amistades.

Chocaron sus vasos y bebieron el brindis.

—Me encontré con algunos del viejo grupo hoy —dijo Ignatius Gallaher—. O'Hara parece estar en mala situación. ¿Qué está haciendo?

—Nada —dijo Little Chandler—. Se ha ido a la ruina.

—¿Pero Hogan tiene un buen trabajo, no?

—Sí; está en la Comisión de Tierras.

—Lo encontré una noche en Londres y parecía estar muy bien de dinero. . . . Pobre O'Hara. ¿Alcohol, supongo?

—Otras cosas también —dijo Little Chandler brevemente.

Ignatius Gallaher rió.

—Tommy —dijo—, veo que no has cambiado ni un ápice. Eres la misma persona seria que solía darme sermones los domingos por la mañana cuando tenía resaca y la lengua pastosa. Deberías moverte un poco por el mundo. ¿Nunca has ido a ningún sitio ni siquiera de viaje?

—He estado en la Isla de Man —dijo Little Chandler.

Ignatius Gallaher rió.

—¡La Isla de Man! —dijo—. Ve a Londres o París: París, por elección. Te haría bien.

—¿Has visto París?

—¡Claro que sí! He andado por allí un poco.

—¿Y es realmente tan hermosa como dicen? —preguntó Little Chandler.

Bebió un poco de su bebida mientras Ignatius Gallaher terminaba la suya con valentía.

—¿Hermosa? —dijo Ignatius Gallaher, pausando en la palabra y en el sabor de su bebida—. No es tan hermosa, sabes. Por supuesto, es hermosa. . . . Pero es la vida de París; eso es lo importante. Ah, no hay ciudad como París para la diversión, el movimiento, la emoción.

. . .

Little Chandler terminó su whisky y, después de algunos problemas, logró captar la mirada del barman. Pidió lo mismo de nuevo.

—He estado en el Moulin Rouge —continuó Ignatius Gallaher cuando el barman retiró sus vasos— y he estado en todos los cafés bohemios. ¡Es caliente! No es para un tipo piadoso como tú, Tommy.

Little Chandler no dijo nada hasta que el barman regresó con dos vasos: luego tocó el vaso de su amigo ligeramente y reciprocó el brindis anterior. Comenzaba a sentirse algo desilusionado. El acento y la forma de expresarse de Gallaher no le agradaban. Había algo vulgar en su amigo que no había observado antes. Pero quizás era solo el resultado de vivir en Londres en medio del bullicio y la competencia de la prensa. El viejo encanto personal seguía ahí bajo esa nueva y ostentosa manera. Y, después de todo, Gallaher había vivido, había visto el mundo. Little Chandler miraba a su amigo con envidia.

—Todo en París es alegre —dijo Ignatius Gallaher—. Creen en disfrutar la vida, ¿y no crees que tienen razón? Si quieres disfrutar de verdad, debes ir a París. Y, fíjate, tienen un gran sentimiento por

los irlandeses allí. Cuando oyeron que era de Irlanda, estaban listos para comerme, hombre.

Little Chandler tomó cuatro o cinco sorbos de su vaso.

—Dime —dijo—, ¿es cierto que París es tan. . . inmoral como dicen?

Ignatius Gallaher hizo un gesto católico con el brazo derecho.

—Todo lugar es inmoral —dijo—. Por supuesto, encuentras cosas picantes en París. Ve a uno de los bailes de estudiantes, por ejemplo. Eso es animado, si te gusta, cuando las cocottes empiezan a desatarse. ¿Sabes lo que son, supongo?

—He oído hablar de ellas —dijo Little Chandler.

Ignatius Gallaher bebió su whisky y sacudió la cabeza.

—Ah —dijo—, puedes decir lo que quieras. No hay mujer como la parisina, por su estilo, por su energía.

—Entonces, es una ciudad inmoral —dijo Little Chandler, con insistencia tímida—. ¿Quiero decir, comparada con Londres o Dublín?

—¡Londres! —dijo Ignatius Gallaher—. Es lo mismo. Pregúntale a Hogan, muchacho. Le mostré un poco de Londres cuando estuvo allí. Te sorprendería. . . . Te digo, Tommy, no conviertas ese whisky en ponche: bébelo.

—No, de verdad. . . .

—Oh, vamos, otro no te hará daño. ¿Qué es? ¿Lo mismo otra vez, supongo?

—Bueno. . . está bien.

—François, lo mismo otra vez. . . . ¿Fumarás, Tommy?

Ignatius Gallaher sacó su estuche de puros. Los dos amigos encendieron sus puros y los fumaron en silencio hasta que les sirvieron las bebidas.

—Te daré mi opinión —dijo Ignatius Gallaher, emergiendo después de un tiempo de las nubes de humo en las que se había refugiado—, es un mundo raro. ¡Hablar de inmoralidad! He oído casos, ¿qué estoy diciendo? Los he conocido: casos de. . . inmoralidad. . .

Ignatius Gallaher fumó pensativo su puro y luego, con el tono calmado de un historiador, procedió a esbozar para su amigo algunos cuadros de la corrupción que abundaba en el extranjero. Resumió los vicios de muchas capitales y pareció inclinado a otorgar la palma a Berlín. Algunas cosas no podía asegurarlas (sus amigos se lo habían contado), pero de otras tenía experiencia personal. No escatimó ni rango ni casta. Reveló muchos secretos de las casas religiosas en el continente y describió algunas de las prácticas que eran populares en la alta sociedad y terminó contando, con detalles, una historia sobre una duquesa inglesa, una historia que sabía que era cierta. Little Chandler estaba asombrado.

—Ah, bueno —dijo Ignatius Gallaher—, aquí estamos en el viejo Dublín donde no se sabe nada de esas cosas.

—¡Qué aburrido debe parecerse! —dijo Little Chandler—, después de todos los otros lugares que has visto.

—Bueno —dijo Ignatius Gallaher—, es una relajación venir aquí, sabes. Y, después de todo, es el viejo país, como dicen, ¿no? No puedes evitar sentir algo por él. Eso es la naturaleza humana. . . . Pero dime algo sobre ti. Hogan me dijo que habías. . . probado las alegrías de la dicha conyugal. Hace dos años, ¿no?

Little Chandler se sonrojó y sonrió.

—Sí —dijo—. Me casé el doce de mayo del año pasado.

—Espero que no sea demasiado tarde para ofrecerte mis mejores deseos —dijo Ignatius Gallaher—. No sabía tu dirección o lo habría hecho en su momento.

Extendió su mano, que Little Chandler tomó.

—Bueno, Tommy —dijo—, te deseo a ti y a los tuyos toda la felicidad del mundo, viejo amigo, y montones de dinero, y que nunca

mueras hasta que te dispare. Y ese es el deseo de un amigo sincero, un viejo amigo. ¿Lo sabes?

—Lo sé —dijo Little Chandler.

—¿Algún hijo? —dijo Ignatius Gallaher.

Little Chandler volvió a sonrojarse.

—Tenemos un hijo —dijo.

—¿Hijo o hija?

—Un niño.

Ignatius Gallaher dio una sonora palmada en la espalda a su amigo.

—Bravo —dijo—, no lo dudaría de ti, Tommy.

Little Chandler sonrió, miró confusamente su vaso y se mordió el labio inferior con tres dientes delanteros infantilmente blancos.

—Espero que pases una noche con nosotros —dijo—, antes de que te vayas. Mi esposa estará encantada de conocerte. Podemos tener un poco de música y ——

—Gracias, viejo amigo —dijo Ignatius Gallaher—. Lamento que no nos hayamos encontrado antes. Pero debo irme mañana por la noche.

—¿Esta noche, quizás. . . ?

—Lo lamento mucho, viejo amigo. Verás, estoy aquí con otro tipo, un joven muy inteligente también, y arreglamos ir a una pequeña partida de cartas. Solo por eso. . .

—Oh, en ese caso. . .

—Pero, ¿quién sabe? —dijo Ignatius Gallaher consideradamente—. El próximo año puede que dé un pequeño salto aquí ahora que he roto el hielo. Es solo un placer pospuesto.

—Muy bien —dijo Little Chandler—, la próxima vez que vengas debemos tener una noche juntos. Eso está acordado ahora, ¿no?

—Sí, está acordado —dijo Ignatius Gallaher.

—El próximo año, si vengo, parole d'honneur.

—Y para sellar el trato —dijo Little Chandler—, tomaremos uno más ahora.

Ignatius Gallaher sacó un gran reloj de oro y lo miró.

—¿Será el último? —dijo—. Porque sabes, tengo una cita.

—Oh, sí, positivamente —dijo Little Chandler.

—Muy bien, entonces —dijo Ignatius Gallaher—, tomemos otro como un deoc an doruis, eso es buen vernáculo para un pequeño whisky, creo.

Little Chandler ordenó las bebidas. El rubor que había aparecido en su rostro unos momentos antes se estaba estableciendo. Un detalle lo hacía sonrojarse en cualquier momento: y ahora se sentía cálido y emocionado. Tres pequeños whiskies se le habían subido a la cabeza y el fuerte cigarro de Gallaher había confundido su mente, pues era una persona delicada y abstemia. La aventura de encontrarse con Gallaher después de ocho años, de encontrarse con Gallaher en Corless's rodeado de luces y ruido, de escuchar las historias de Gallaher y de compartir por un breve espacio la vida vagabunda y triunfante de Gallaher, alteraba el equilibrio de su naturaleza sensible. Sentía agudamente el contraste entre su propia vida y la de su amigo, y le parecía injusto. Gallaher era inferior a él en nacimiento y educación. Estaba seguro de que podría hacer algo mejor de lo que su amigo había hecho, o podría hacer, algo más elevado que el mero periodismo de mala calidad si solo tuviera la oportunidad. ¿Qué era lo que se interponía en su camino? ¡Su desafortunada timidez! Quería vindicarse de alguna manera, afirmar su hombría. Vio tras la negativa de Gallaher a su invitación. Gallaher solo lo estaba condescendiendo con su amistad, así como estaba condescendiendo con Irlanda con su visita.

El barman trajo sus bebidas. Little Chandler empujó un vaso hacia su amigo y tomó el otro con valentía.

—¿Quién sabe? —dijo, mientras levantaban sus vasos—. Cuando vengas el próximo año, quizás tenga el placer de desearle larga vida y felicidad al señor y la señora Ignatius Gallaher.

Ignatius Gallaher, en el acto de beber, cerró un ojo expresivamente sobre el borde de su vaso. Cuando hubo bebido, chasqueó los labios decisivamente, dejó su vaso y dijo:

—No hay miedo de eso, muchacho. Voy a disfrutar primero y ver un poco de vida y del mundo antes de meterme en el saco, si es que alguna vez lo hago.

—Algún día lo harás —dijo Little Chandler con calma.

Ignatius Gallaher volvió sus ojos pizarra azul y su corbata naranja completamente hacia su amigo.

—¿Tú crees? —dijo.

—Meterás la cabeza en el saco —repitió Little Chandler con firmeza—, como todos los demás si encuentras a la chica.

Había enfatizado ligeramente su tono y era consciente de que se había delatado; pero, aunque el color se había intensificado en su mejilla, no retrocedió ante la mirada de su amigo. Ignatius Gallaher lo observó durante unos momentos y luego dijo:

—Si alguna vez ocurre, puedes apostar tu último dólar a que no habrá romanticismos y mimos. Pienso casarme con dinero. Tendrá una buena cuenta bancaria o no me servirá.

Little Chandler sacudió la cabeza.

—¿Por qué, hombre vivo —dijo Ignatius Gallaher, vehementemente—, sabes qué es? Solo tengo que decir la palabra y mañana puedo tener la mujer y el dinero. ¿No lo crees? Bueno, yo lo sé. Hay cientos, ¿qué digo?, miles de alemanes y judíos ricos, podridos de dinero, que estarían encantados. . . . Espera un momento, muchacho. Mira si no juego bien mis cartas. Cuando me propongo algo, voy en serio, te lo digo. Solo espera.

Se llevó el vaso a la boca, terminó su bebida y rió a carcajadas. Luego miró pensativamente frente a él y dijo en un tono más calmado:

—Pero no tengo prisa. Ellos pueden esperar. No me gusta atarme a una sola mujer, ¿sabes?

Imitó con la boca el acto de saborear y puso una mueca.

—Debe volverse un poco aburrido, creo —dijo.

Little Chandler estaba sentado en la habitación junto al vestíbulo, sosteniendo a un niño en sus brazos. Para ahorrar dinero, no tenían sirvienta, pero la hermana joven de Annie, Monica, venía por una hora por la mañana y una hora por la noche para ayudar. Pero Monica se había ido a casa hacía mucho tiempo. Eran las nueve menos cuarto. Little Chandler había llegado tarde para el té y, además, había olvidado traerle a Annie el paquete de café de Bewley's. Por supuesto, ella estaba de mal humor y le daba respuestas cortantes. Dijo que se quedaría sin té, pero cuando se acercó la hora en que la tienda de la esquina cerraba, decidió salir ella misma a comprar un cuarto de libra de té y dos libras de azúcar. Puso al niño dormido hábilmente en sus brazos y dijo:

—Toma. No lo despiertes.

Una pequeña lámpara con una pantalla de porcelana blanca estaba sobre la mesa y su luz caía sobre una fotografía que estaba enmarcada en un marco de cuerno arrugado. Era la fotografía de Annie. Little Chandler la miró, deteniéndose en los labios finos y apretados. Llevaba la blusa de verano azul pálido que él le había traído como regalo un sábado. Le había costado diez chelines y once peniques; ¡pero qué agonía de nerviosismo le había costado! ¡Cómo había sufrido ese día, esperando en la puerta de la tienda hasta que la tienda estuviera vacía, parado en el mostrador y tratando de parecer a gusto mientras la chica apilaba blusas de señora frente a él, pagando en la caja y olvidando recoger el penique suelto de su

cambio, siendo llamado por la cajera, y finalmente, esforzándose por ocultar su sonrojo mientras salía de la tienda examinando el paquete para ver si estaba bien atado. Cuando llevó la blusa a casa, Annie lo besó y dijo que era muy bonita y elegante; pero cuando escuchó el precio, tiró la blusa sobre la mesa y dijo que era un verdadero timo cobrar diez y once por ella. Al principio quería devolverla, pero cuando se la probó, quedó encantada con ella, especialmente con el diseño de las mangas, y lo besó y dijo que era muy bueno al pensar en ella.

Hm! . . .

Miró fríamente a los ojos de la fotografía y estos respondieron fríamente. Ciertamente eran bonitos y el rostro en sí era bonito. Pero encontró algo mezquino en él. ¿Por qué era tan inconsciente y delicado? La compostura de los ojos lo irritaba. Lo repelían y lo desafiaban: no había pasión en ellos, ni éxtasis. Pensó en lo que Gallaher había dicho sobre las ricas judías. Esos ojos orientales oscuros, pensó, ¡qué llenos de pasión, de anhelo voluptuoso! . . . ¿Por qué se había casado con los ojos de la fotografía?

Atrapado por la pregunta, miró nerviosamente alrededor de la habitación. Encontró algo mezquino en los bonitos muebles que había comprado para su casa a plazos. Annie los había elegido ella misma y le recordaban a ella. También eran primorosos y bonitos. Un resentimiento sordo contra su vida despertó dentro de él. ¿No podría escapar de su pequeña casa? ¿Era demasiado tarde para intentar vivir valientemente como Gallaher? ¿Podría irse a Londres? Todavía quedaban los muebles por pagar. Si tan solo pudiera escribir un libro y lograr que se publicara, eso podría abrirle el camino.

Un volumen de poemas de Byron yacía ante él sobre la mesa. Lo abrió cautelosamente con su mano izquierda para no despertar al niño y comenzó a leer el primer poema del libro:

"Los vientos callados y la penumbra vespertina,
Ni siquiera un céfiro vaga por el bosque,
Mientras vuelvo a ver la tumba de mi Margarita

Y esparzo flores en el polvo que amo."

Se detuvo. Sintió el ritmo del verso a su alrededor en la habitación. ¡Qué melancólico era! ¿Podría él también escribir así, expresar la melancolía de su alma en verso? Había tantas cosas que quería describir: su sensación de unas horas antes en Grattan Bridge, por ejemplo. Si pudiera volver a ese estado de ánimo...

El niño despertó y comenzó a llorar. Se apartó de la página e intentó calmarlo, pero no se calmaba. Comenzó a mecerlo de un lado a otro en sus brazos, pero su llanto se hizo más agudo. Lo meció más rápido mientras sus ojos empezaban a leer la segunda estrofa:

"En esta celda estrecha reposa su arcilla,
Esa arcilla donde una vez..."

Era inútil. No podía leer. No podía hacer nada. El llanto del niño le perforaba el tímpano. ¡Era inútil, inútil! Estaba preso de por vida. Sus brazos temblaban de ira y, de repente, inclinándose hacia el rostro del niño, gritó:

—¡Para!

El niño se detuvo por un instante, tuvo un espasmo de miedo y comenzó a gritar. Se levantó de su silla y caminó apresuradamente de un lado a otro de la habitación con el niño en brazos. Empezó a sollozar lastimosamente, perdiendo el aliento por cuatro o cinco segundos, y luego estallando de nuevo. Las delgadas paredes de la habitación amplificaban el sonido. Intentó calmarlo, pero sollozaba más convulsivamente. Miró el rostro contraído y tembloroso del niño y empezó a alarmarse. Contó siete sollozos sin pausa entre ellos y apretó al niño contra su pecho, asustado. ¡Si muriera...!

La puerta se abrió de golpe y una mujer joven entró corriendo, jadeando.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —gritó.

El niño, al oír la voz de su madre, estalló en un paroxismo de sollozos.

—No es nada, Annie... no es nada... Empezó a llorar...

Ella arrojó sus paquetes al suelo y le arrebató al niño de los brazos.

—¿Qué le has hecho? —gritó, mirándolo con odio.

Little Chandler sostuvo por un momento la mirada de sus ojos y su corazón se encogió al encontrarse con el odio en ellos. Comenzó a tartamudear:

—No es nada... Él... él empezó a llorar... No pude... No hice nada... ¿Qué?

Sin prestarle atención, comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, abrazando al niño con fuerza y murmurando:

—¡Mi hombrecito! ¡Mi pequeñín! ¿Te asustaste, amor? ... Ahí está, amor. ... Ahí está... ¡Mi corderito! ¡El pequeño cordero de mamá del mundo!... Ahí está...

Little Chandler sintió sus mejillas enrojecidas de vergüenza y se apartó de la luz de la lámpara. Escuchó mientras los sollozos del niño disminuían poco a poco; y las lágrimas de remordimiento brotaron de sus ojos.

1. [Una nubecilla - James Joyce](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**